

# La epopeya de la clausura

## La loca felicidad

Christopher Domínguez Michael

No me atrevería a decir que Pietro Citati es el más importante de los críticos literarios contemporáneos. Pero de lo que no me cabe duda es que es el de lectura más amena y cautivadora, autor de una conocida obra maestra, *La vida breve de Katherine Mansfield* (1990), que sólo compite en perfección con la aventura del ser que la inspiró. Citati, nacido en Florencia en 1930, quizá preferiría ser considerado retratista literario antes que crítico. *El mal absoluto. En el corazón de la novela del siglo XIX* (Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Madrid, 2006) es una soberbia galería de retratos, un libro orlado, como las obras de Alessandro Manzoni cuya observación privilegia, de un estilo lapidario, recargado, casi decadente de tan lírico.

En la visión de Citati, la novela moderna se remonta al *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe y al *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, que el noble polaco Jan Potocki compuso en francés, en 1814. Entre la mentalidad ahorrativa de Robinson, que hace de su isla solitaria un emporio comercial y a quien considera un ejemplo de pedantería infantil y ese viajero etnográfico, mitad Tolstoi y mitad Dumézil, que fue Potocki, el ensayista italiano muestra sus cartas. No menos instructivo es lo que se pregunta sobre *Las afinidades electivas* (1809), si no deberían ser consideradas una novela experimental y Goethe apreciado, antes que como un abuelo incómodo, como un verdadero moderno. Como italiano, finalmente, Citati pide justicia universal para una novela como *Los novios* (1827), de Manzoni, con la misma fidelidad con que los españoles la exigen para *La regenta* o para *Fortunata y Jacinta*.

El gran juramento de Citati es por Dickens, a lo largo de un libro que debería llamarse no *El mal absoluto* sino (como aquella novela de Jean Giono de 1957), *La loca felicidad*. Sólo en Chesterton, previamente, podía leerse una declaración como la de Citati, quien afirma que no amar a Dickens es “pecado; quien no lo ama, no ama tampoco la novela y no comprende que el arte del siglo XIX tal vez alcanzó su culminación cuando mezcló la risa loca con el más impertérrito descenso a las tinieblas. Dostoievski y Tolstoi, Conrad y Joyce, Kafka y Dylan Thomas leyeron a Dickens con la pasión, el entusiasmo y la incoherente gratitud que él solicita de cada uno de nosotros”.

Junto a Dickens aparece Dostoievski, quien, dice Citati, tenía el don de leer a través de los periódicos y así vio el terrorismo que configuraría *Los demonios*. Pero no todo, en *El mal absoluto*, es hablar de los autores canónicos y quien obedezca la invitación de Citati para leer a Nikolai Leskov (1831-1895) se preguntará, como él, por qué diablos ese cuentista no goza del predicamento que merecería, junto a Chejov. Un Chejov al que le falta la humanidad y la delicadeza, Leskov se complace en describir cómo se desalojaba a los inquilinos morosos en la Rusia del zar Alejandro II: arrancando las ventanas de las casas en invierno.

Citati es el biógrafo de los grandes novelistas y sus libros sobre Tolstoi, Kafka y Proust son imprescindibles porque el universo de la novela tiene para él la espesura de los grandes mitos primordiales, sobre los cuales escribió *La luz de la noche*, un tratado de divulgación. Al asumir las tareas del retratista, como Plutarco y Sainte-Beuve, sus fuentes de inspiración, penetra

en las tradiciones históricas, las cartas, los diarios íntimos y la bibliografía completa de los novelistas como héroes. Pero Citati es algo más que un André Maurois y lo suyo no es “biografía artística”. Me sobresaltaría pensar, además, que los nuevos teóricos sociales de la novela, como Franco Moretti, diseñen sus mapas y ajusten sus modelos sin reconocer que lo que ellos han redescubierto, que la novela es esencialmente una vigorosa crítica de la vida, está, desde hace mucho, en la supuesta vieja crítica, en obras como *El mal absoluto*. Sólo le reprocharía a Citati la altanera omisión de cualquier nota bibliográfica, recurso que queriendo proteger al lector de “lo académico”, en realidad menosprecia su curiosidad y cercena su lectura.

Con una tesis muy polémica (y en lo que a mí respecta, planteada de manera novedosa e inquietante), Citati concluye *El mal absoluto*. Según él, la novela se aleja del siglo XIX en 1895, cuando Freud publica *La interpretación de los sueños*, convirtiéndose en el heredero involuntario de la indagación novelesca de Balzac y Dickens o de la observación del alma y de sus crímenes reales o imaginarios propia de R.L. Stevenson y Dostoievski. No es que Freud supiera mucho de aquella literatura decimonónica ni que el psicoanálisis sea un instrumento adecuado para descifrar la novela. Lo que Citati dice es que Freud fue un filósofo de la naturaleza a la caza de un principio monista que explicase el mundo de los sueños y sus leyes. No encontró esa llave pero construyó el puente sobre esa selva de significados que, al ser cruzada por Joyce, Proust y Virginia Woolf, abolió el caprichoso reino de la casualidad. ■